

## Capítulo 4. Carta N° 4.



Querida amiga: Usted tiene razón, yo quería hablarle del amor maternal y le hablé del odio. Pero amor y odio son concomitantes y se condicionan mutuamente. Además, como resulta que sobre el amor materno se habla tanto y parece que todo el mundo está enterado o cree estarlo, opté por mirar las cosas desde el otro extremo. Por otra parte, no estoy en absoluto convencido de que usted se haya ocupado de la cuestión del amor materno a no ser por haberlo sentido en sí misma o bien haciendo o escuchando expresiones trágicas o líricas al caso.

El amor materno es algo natural y supuesto, algo se da de antemano en cada madre, un sentimiento ingénito y sagrado en la mujer. Puede ser, pero a mí me extrañaría mucho, que la Naturaleza, sin más se fiase de los sentimientos de la mujer o trabajase con afectos que nosotros los hombres llamamos sagrados. Si observamos detenidamente podemos descubrir, si bien no todas, al menos algunas de las fuentes de este afecto primordial. Fuentes que, por lo que parece, tienen poco que ver con el instinto de reproducción. Prescinda usted por un momento de todo lo que ha oído acerca del amor materno y observe lo que se cuece entre estos dos seres: madre e hijo.

Al principio de todo está el momento de la concepción y, con él, el recuerdo de una ocasión feliz. Pues sin esta sensación de verdadera y celestial felicidad –celestial porque, en última instancia, la fe en la beatitud y el reino de los cielos está relacionada con ella-, sin esta sensación no se llega a realizar la concepción. Usted no me va a creer esto, y va a llamar en su ayuda a los mil casos de embarazo perpetrados en un tálamo aborrecido, a las violaciones, a casos de fecundación en estado de inconsciencia. Pero todos estos casos únicamente prueban que no es necesario que la conciencia participe en el éxtasis; en lo que al Ello, al inconsciente se refiere, no demuestran nada. Para verificar de verdad las sensaciones del Ello debería usted volverse a aquellos órganos con quienes habla, es decir, a los órganos de placer de la mujer. Usted se asombraría al constatar qué poco se ocupan de la aversión de la conciencia las paredes de la vagina, los labios de la vulva, el clítoris o las mamas. Todos estos órganos responden al roce, a la excitación intencionada en su peculiar manera, siendo indiferente el que el acto sexual sea o no querido por la persona pensante. Pregúntele usted si no a ginecólogos, a jueces o a delincuentes sexuales; sin duda que le confirmarán mis asertos. La misma respuesta la puede usted recibir de mujeres que concibieron sin placer o de aquellas que lo hicieron perdida la conciencia o fueron violadas, sólo que debe saber usted preguntar o, mejor, crear confianza. Las personas, para hablar, tienen que estar realmente convencidas que aquel que pregunta no les va a despreciar, que toma en serio las palabras: “No juzguéis.” Sólo entonces abrirán en confianza, un poco, las puertas de sus almas. O procure usted que le cuenten estas víctimas frías de la fiebre sexual masculina sus sueños. Los sueños son el lenguaje del inconsciente, y en ellos se pueden leer muchas cosas. Lo más fácil, sin embargo, es que se examine usted a sí misma con toda sinceridad, como es su costumbre. ¿No le ha llamado a usted la atención el que el hombre a quien ama no haya podido conseguir alguna vez la erección? Cuando él piensa en usted, su masculinidad se despierta con toda fuerza, para ponerse a su disposición, de modo que es un verdadero placer; pero luego, cuando él se pone a su lado, toda esa magnificencia se viene fláccidamente abajo. Este es un fenómeno muy curioso. Significa que el hombre es mil veces potente y que no deja de serlo en las circunstancias más variadas; pero que, por otra parte, de ninguna manera es capaz de conseguir una erección en presencia de una mujer que lo que quiere es impedirlo. Se trata de una de las armas más secretas de la mujer, de un arma que ella usa sin consideraciones cuando lo que quiere es humillar al varón; o más bien digamos que el que utiliza esta arma es el inconsciente de la mujer, pues no

considero a nadie, en su plena conciencia, capaz de tanta maldad, y, por otra parte, me resulta más probable admitir que, para la propagación de este fluido que debilita al macho, tienen lugar en el organismo de la mujer procesos específicos de carácter inconsciente. Sea de una manera o de otra, lo que sí es cierto es que resulta de todo punto imposible que un hombre tome posesión de una mujer si ésta no está de algún modo de acuerdo. Hace usted bien en dudar de la frigididad de la mujer y creer más bien en que es vengativa e inconcebiblemente pérfida.

¿No ha soñado usted nunca con ser violada? No diga usted que no, porque no le voy a creer. Quizá usted no tiene miedo, como otras mujeres, que precisamente se las dan de frías, de ir sola al bosque ya oscurecido. Ya se lo he dicho, miedo es deseo. Quien teme el estupro es que lo quiere. Probablemente, por lo que yo la conozco, no va a mirar usted debajo de las camas y en los armarios, pero muchas lo hacen presas del miedo y del deseo de encontrar al hombre que es lo suficientemente fuerte como para burlarse de la ley. Usted conocerá sin duda la historia de aquella dama que, al descubrir al hombre debajo de la cama, no pudo menos de exclamar: “¡Por fin! Hace ya veinte años que espero.” Es también llamativo que al hombre se le imagina con un cuchillo reluciente, con el cuchillo que ha de ser introducido en la vagina. Por cierto que usted está libre de todo eso. Pero también usted fue un día más joven, trate de recordar. Encontrará el momento -¿Qué digo? ¿El momento?-, no, usted se acordará de toda una serie de momentos en los que un latigazo de frío le recorrió la espalda al imaginarse oír pasos detrás de usted, en los que, de repente, de noche, despertó usted en alguna posada con el pensamiento de: ¿He cerrado también la puerta? O se acordará usted de cómo, tiritando, se acurrucaba debajo de las mantas, tiritando para enfriar su propio fuego interior y no abrasarse. ¿No ha luchado usted nunca con su amado, jugando a ser violada? ¿De verdad que no? Ah, qué tonta es usted que deja que se le vayan las alegrías del amor; qué tonta es usted, que piensa que yo le voy a creer. En lo único que creo es en su mala memoria y en su retroceder cobarde ante el propio conocimiento. Pues es imposible que una mujer no anhele esta suprema prueba de amor, esta única prueba. Ser tan hermosa, ser tan seductora que el hombre se olvide de todo lo demás y se dedique únicamente a amar, esto lo anhelan todas y cada una, y la que lo niega o se equivoca o miente con toda conciencia. Y si me permite un consejo le diré a usted que trate de darle vida a esa fantasía. No está bien jugar al escondite consigo mismo. ¿Qué apuesta usted? Cierre los ojos y sueñe despierta, sin intención y sin prejuicios. En pocos segundos estará usted totalmente en manos del sueño, arrebatada por él, de modo que apenas se atrevera a seguir pensando, a seguir respirando. Ahí están el crujir de las ramas, el salto impetuoso, la mano a su garganta, el arrastrarla al suelo y el ciego rasgar de las vestiduras, y su desesperado terror. Y ahora fije usted la mirada en el hombre, fuera de sí de pasión. ¿Es grande, pequeño, moreno, rubio, barbudo, lampiño? ¡El nombre! ¡Ahora el nombre! Oh, sí, yo sabía que usted lo conocía. Usted lo había visto ayer, anteayer o hace muchos años, en la calle, o en el tren, o cabalgando por el campo, o en el baile. Y ese nombre que se le presentó a usted en su cabeza la hace temblar. Pues usted jamás hubiera creído que precisamente ese hombre iba a despertar sus más profundos deseos. ¿Le era a usted indiferente? ¿Lo detestaba usted? ¿Era asqueroso? Escuche: su Ello se está riendo de usted. ¡No, no se levante usted, no mire el reloj y las llaves, sueñe usted, sueñe! Sueñe en su martirio, en su vergüenza, en el hijo dentro de sus entrañas, en el juicio y en el encuentro con el delincuente en presencia de los negros jueces, sueñe con el tormento de saber que usted deseaba lo que él hizo y por lo cual es castigado. Terrible, inconcebible e inevitablemente fascinador. O tomemos otra imagen, la imagen del nacimiento del niño, o su trabajo. Usted trabaja y se criba las manos a pinchazos con la aguja mientras su hijo juega despreocupadamente a sus pies y usted no sabe cómo lo va a alimentar. Pobreza, necesidad, miseria. Y entonces llega el príncipe, el príncipe azul, el bueno, el maravillosamente bueno, el que la ama y es amado por usted, pero al que usted renuncia. Escuche, escuche cómo se ríe el Ello de su generoso gesto. Y ahora todavía otro cuadro: cómo el niño se desarrolla en su vientre y con él la angustia, cómo nace y cómo usted lo ahoga y lo hunde en la laguna y luego se encuentre usted misma acusada de homicidio ante los negros jueces. De repente aparece todo un mundo de fantasía: se apilan los troncos para alimentar la hoguera, la infanticida está amarrada al palo y las llamas ya lamen sus plantas. Escuche usted lo que le susurra el Ello, cómo interpreta el palo y el fuego que le circunda, cómo le dice al oído de quién son los pies que unen lo más profundo de su ser con la llama. ¿No es su propia madre? El inconsciente es enigmático, es ángel y es demonio, es incomprensible.

Ahora pasemos al estado de inconsciencia. Si tiene usted ocasión de ello no se pierda la oportunidad de observar un ataque de histeria. Entonces comprenderá de qué manera muchas personas provocan el estado de inconsciencia para alcanzar el placer. Sin duda que es un procedimiento necio, pero al fin y al cabo toda hipocresía es necesidad. O vaya, si no, usted a una clínica quirúrgica y haga que le dejen ver una docena de narcosis. Tendrá ocasión de notar y oír qué capacidad de placer posee el hombre en estado de inconsciencia. Y luego vuelva usted a prestar atención a los sueños. Los sueños del hombre son intérpretes maravillosos de su alma.

Así, pues, una vez más lo mismo: Yo parto del supuesto de que una de las raíces del amor materno es el placer que la madre siente en el acto de concebir. Paso por alto, sin querer por eso menoscabar su importancia, toda una serie de sentimientos muy complejos como son la inclinación al varón, que es transferida al niño, el orgullo de ser madre, etc. Por extraño que resulte a nuestra inteligencia el hecho de que uno se sienta orgulloso por algo que, como el embarazo, es todo obra del Ello, con la cual, por tanto, tenemos que ver tan poco como con hermosura, riquezas heredadas o grandes dones intelectuales, sin embargo, lo cierto es que la mujer se siente orgullosa de haber logrado de la noche a la mañana y a través de una tarea tan grata, dar origen a un ser vivo. No hablo de cómo contribuyen la admiración y la envidia ajenas a la formación del amor materno, o el sentimiento de exclusiva responsabilidad por el destino de una persona humana, responsabilidad de la que la madre se hace cargo con gusto cuando las cosas van bien, pero de ningún modo, y cargada de sentimientos de culpa, cuando hay serios problemas. Estos sentimientos potencian la simpatía hacia la creatura, simpatía que es alimentada por fuentes propias y ajenas. Tenemos también el pensamiento de ayudar a un ser desamparado, alimentarlo con la propia sangre -expresión ésta que ha de ser luego a menudo empleada contra el niño, expresión en la que la madre dice creer aun cuando no deja de barruntar su falsedad-. Este pensamiento le confiere a la madre algo así como una semejanza con la Divinidad, y de aquí su devoción al Niño Jesús.

Pero sobre lo que yo más bien quisiera llamarle la atención es sobre un hecho que, a primera vista, no parece revestir importancia alguna, a saber, sobre el hecho de que el cuerpo femenino posee un espacio hueco y vacío que se llena con el embarazo. Si usted trata de imaginarse lo inquietante que es esa sensación de vacuidad y lo bien que nos sentimos después de haber comido y estar satisfechos, llegará a comprender lo importante que es en este sentido el embarazo para la mujer. Lo llegará a comprender más o menos, que no del todo. Pues no es únicamente una sensación de vacío lo que siente la mujer con respecto a sus órganos genitales, es además una sensación, apreciada desde la niñez, de que le falta algo, sensación que, unas veces más y otras menos, no deja de deprimir a las hembras. Algún día, pero de todas formas muy pronto, la niña, sea por haberlo observado, sea de alguna otra manera, se da cuenta que a ella le falta algo que los niños y los hombres tienen. Y, dicho sea de paso, ¿no es de extrañar que nadie sepa cuándo y cómo el niño empieza a distinguir las diferencias sexuales? Y, sin embargo, este descubrimiento bien se puede decir que es el más importante de la vida. La niña, venía yo diciendo, nota esta falta, y la interpreta como una falta de su propio ser. Las ideas más extrañas van enlazadas a esta idea y todas exhiben las características de la vergüenza y el sentimiento de culpabilidad. De ello hablaré ocasionalmente más adelante. En los comienzos persiste aún la esperanza de que la falta puede quizá subsanarse creciendo todavía los órganos, pero esta esperanza no se cumple, únicamente queda el sentimiento de culpa, cada vez más impreciso y deslizado de sus orígenes, y una nostalgia indefinida, ambas sensaciones que, con el tiempo, pierden claridad, pero ganan potencia sentimental. El fenómeno se extiende a lo largo de muchos años en la vida de la mujer y constituye un verdadero tormento. Y entonces llega el momento del embarazo, la maravilla de la saciedad, la desaparición del vacío, de la roedora envidia y de la vergüenza. Y todo esto hace revivir una nueva esperanza, la esperanza de que dentro del propio cuerpo está desarrollándose un nuevo pedazo de su ser, el hijo, que será un niño y no exhibirá esa falta.

No es necesario demostrar que la embarazada lo que desea es un niño y no una niña. Quien se detenga a investigar los casos en que lo que la madre desea es una niña, llegará sin duda a descubrir más de un secreto, pero no dejará de confirmársele la regla general de que lo que ella quiere es un niño. Voy a hablarle a usted de una experiencia personal, pero si lo hago es porque este acontecimiento, de por sí secundario,

me parece de alguna manera característico y quizá le provoque a usted la risa, esa risa apacible y divina con que se saludan en las comedias las verdades profundas. Un día se me ocurrió preguntar a todas las mujeres y chicas que constituían el círculo de mis conocidas y que no tenían hijos -no eran muchas, serían unas 15 ó 20- qué era lo que cada una deseaba, un niño o una niña. Todas contestaron: un niño. Pero luego vino lo curioso. Yo les preguntaba también de qué edad se figuraban al hijo y en qué se imaginaban se ocupaba él en aquel momento. A excepción de tres, todas dieron la misma respuesta: el niño tendría dos años y estaría en el envolvedero meando despreocupadamente hacia arriba, describiendo así un amplio arco con el chorro de orina. De las tres que no contestaron así, una de ellas dijo que le veía dando los primeros pasos, otra se lo imaginaba jugando con una corderita, y para la tercera el niño tenía tres años y meaba de pie.

¿Comprende ahora usted bien, venerada amiga? He ahí una ocasión de mirar en las profundidades del hombre, de percibir, en medio de la risa, cuáles son sus verdaderos móviles. No lo olvide usted, por favor. Reflexione usted a ver si, acaso, no existe todavía la posibilidad de seguir preguntando y descubriendo más cosas.

La formación del niño en las inferioridades del vientre, su desarrollo y aumento de peso influyen aún de una manera diferente sobre el alma femenina. Este hecho se engarza a costumbres muy arraigadas y, con el fin de ligar la madre al niño, aprovecha inclinaciones que, desde las capas más ocultas del inconsciente, dominan el corazón y la vida del hombre.

Usted seguramente habrá observado que el niño que hace sus necesidades en el orinal no lo abandona de buena gana, cosa que las personas mayores, que no gozan tanto con estos menesteres, exigen de él al principio suavemente, pero luego con más y más insistencia. Si usted tiene interés en investigar esta extraña tendencia al estreñimiento voluntario que, a menudo, se convierte en una costumbre de por vida -interés que, por otra parte, no dejaría de ser de todo punto curioso-, yo le podría recordar que en las regiones del recto y la vejiga se encuentran unos finísimos nervios, cuya excitación por rozamiento producen las más agradables sensaciones. Luego comprenderá usted por qué los niños cuando juegan o trabajan se deslizan a menudo en sus sillas, juegan con las piernas al aire -quizá usted misma lo ha hecho en los inocentes días de su infancia- hasta que se oye la voz de la madre que dice: "Juanito o Mary, vete al cuarto de baño." ¿Por qué todo esto? Es cierto que el niño o la niña están perdiendo el tiempo, como la madre supone por sus propias inclinaciones, o que más bien lo que pasa es que están fuertemente embebidos en sus trabajos escolares? De ningún modo, es el placer venéreo el que da origen a estas cosas, es una forma muy particular de autoemancipación ejercitada desde la infancia y, más tarde, llevada a la perfección en el estreñimiento. Lo que pasa es que luego el organismo ya no responde tan placenteramente, sino que, víctima de la culpabilidad a que da origen la masturbación, produce dolores de cabeza, desmayos, dolor de vientre y otras mil consecuencias del hecho de recibir de una manera continuada una determinada presión sobre los nervios genitales. Sí, y luego topa usted con personas que salen de casa sin haber antes defecado, que son después asaltados por la necesidad en la calle, que lo pasan muy mal y que, en este malestar, no toman conciencia de lo agradable que les resulta. Únicamente quien se da cuenta de la regularidad y falta de necesidad de estos apuros entre hombre y ano llegará poco a poco a la conclusión de que, aquí, el inconsciente lo que hace es masturbarse con toda inocencia. Ahora bien, venerada señora, el embarazo no es sino una masturbación inocente de este estilo, solo que incluso más inocente, pues aquí el pecado es sagrado. Pero todas las sagradas maternidades del mundo no impiden el que el útero, embarazado, excite los nervios y produzca placer.

Usted opinará que el placer debe ser percibido por la conciencia. Esta es una opinión errónea. Es decir, usted puede sostener esa opinión, pero habrá de disculpar el que me ría un poco de ella.

Y ya que nos encontramos de lleno metidos en el delicado problema del placer venéreo, voy a hablarle inmediatamente de lo que son los movimientos del feto en el vientre de su madre. Los poetas los han pintado de color de rosa. En realidad la sensación que producen, si le quitamos todo el halo de poesía, no es ni más ni menos que la misma que cuando se mueve cualquier otra cosa en el interior de la mujer. Es la misma que ella conoce de su trato con el varón, sólo que libre de todo sentimiento de culpa, glorificada en lugar de condenada.

¿No le da vergüenza?, me dirá usted. No, en absoluto, señora mía. Me da tan poca vergüenza que le devuelvo la pregunta. ¿No se ruboriza usted, no le invaden a usted un profundísimo dolor y una grandísima vergüenza sobre el ser humano, que ha arrastrado hacia la suciedad el más alto bien de la vida, la unión de hombre y mujer? Reflexione usted sólo dos minutos sobre lo que significa este mutuo placer, sobre lo que él ha creado, es decir, matrimonio, familia, estado, casa, granja, ciencias, artes, religión. Todo, todo, todo; todo lo que usted venera. Y, sin embargo, usted se atreve a considerar la comparación entre coito y movimientos del feto como algo abominable.

No, usted es demasiado comprensiva para seguir airada por mis palabras un tiempo más largo del que le es necesario para recapacitar. Y luego va usted a seguirme en otra afirmación aún más denigrada por las gentes de bien que la anterior, a saber, que, sobre todo, el parto es un acto de placer venéreo de la mayor categoría, cuya impresión se proyecta hacia el futuro en forma de amor al niño, de amor materno.

¿O no llega su benevolencia tan lejos como para creerme este aserto? De hecho ello contradice toda la experiencia, toda una experiencia de milenios. Pero hay otra experiencia -y yo creo que ésta es la experiencia fundamental, de la que se debe partir- que no lo contradice, y es la experiencia de que nunca dejan de nacer niños, de que, por consiguiente, los padecimientos y horrores de que se viene hablando desde tiempos inmemorables no son en realidad tan grandes que no puedan ser superados por el placer, por alguna clase de placer.

¿Ha tenido usted la ocasión de ver algún parto? La parturienta se queja y grita, pero su rostro está encendido presa de una excitación febril y sus ojos tienen ese extraño brillo que ningún hombre es capaz de olvidar cuando ha logrado provocarlo en los de alguna mujer. Son ojos extraños, ojos curiosamente velados, que hablan de dicha. ¿Y dónde está lo maravilloso, lo increíble, en el hecho de que el dolor pueda ser placer, supremo placer? Solamente los vendedores de perversiones y de lo antinatural no saben, o dicen que no saben, que el placer más sublime clama por el dolor. No se deje impresionar por los gritos de dolor de las parturientas y por las narraciones idiotas de las comadres. La gallina cacarea también una vez puesto el huevo. Pero el gallo no se preocupa de otra cosa sino de montar otra vez a la gallina, cuyo horror ante el dolor de poner el huevo encuentra en verdad una extraña expresión en su enamorado acurrucarse debajo del señor del gallinero.

La vagina de la mujer es un Moloch insaciable. Quisiera yo encontrar a la vagina que quedaría satisfecha con un miembro no más grande que un dedo meñique pudiendo disponer de uno tan fuerte como el brazo de un niño. La fantasía de la mujer trabaja con instrumentos poderosos, lo ha hecho siempre y no dejará de hacerlo.

Cuanto mayor sea el miembro, más subido es el gusto. Y el niño trabaja durante el parto con su desproporcionadamente grande cabeza sobre la entrada de la vagina, precisamente el lugar de placer de la mujer, realizando unos movimientos que en nada se diferencian de los del pene masculino introducido. Sin duda que duele, pero este supremo y, por eso, inolvidable y siempre de nuevo anhelado acto sexual es la cumbre de toda satisfacción femenina.

¿Por qué, si el parto es verdaderamente un acto de placer, tiene tan mala fama la hora en que sobrevienen los dolores? Yo no soy quien para responder esta pregunta; pregunte usted a las mujeres. Yo sólo puedo decir que una que otra vez he topado con alguna madre que me decía: “El nacimiento de mi hijo fue, a pesar de todos los dolores o, tal vez, debido a ellos, lo más hermoso que, hasta el presente, me ha tocado vivir.” Quizá se pueda decir como explicación que la mujer, educada desde siempre en el disimulo, no llega a ser nunca capaz de hablar sinceramente sobre sus sentimientos e impresiones, pues se le enseña de por vida el mandamiento del horror hacia el pecado. De donde esta adecuación placer sexual-pecado resulta una cosa que jamás se desentrañará del todo.

Pero también existen pensamientos que se pueden seguir a través del laberinto de estas difíciles cuestiones. Así, por ejemplo, me parece natural que una persona a quien durante toda su vida se le ha dicho, incluso utilizando para ello la religión, que el parto es una cosa terrible, peligrosa, dolorosísima, que esa tal persona acabe creyendo, aun contra su propia experiencia, que la cosa es realmente así. Para mí es claro que una buena parte de estas historias de miedo fueron inventadas con el fin de amedrentar a las jóvenes y apartarlas

de las relaciones prematrimoniales. La envidia de aquellas que no paren, pero sobre todo la envidia de la madre hacia la propia hija a quien ahora le toca hacer lo que ella ya no puede, no deja de tener también su influjo. Hay además otros factores que trabajan en la misma dirección. Por ejemplo, el deseo de intimidar al hombre haciéndole comprender lo mucho que por él tiene que padecer la amada, los sacrificios que hace ella, una verdadera heroína. Y de hecho el hombre se deja acobardar y el antiguo tirano gruñón se convierte en un padre agradecido, al menos por algún tiempo. También juega un papel muy importante ese impulso interior que lleva a la mujer a querer aparecer como la grande, la noble, la madre sin que, para esto, se arredre ante la exageración y la mentira. Y la mentira es pecado. Finalmente, de las oscuridades del inconsciente emerge la imagen de la madre, pues toda pasión y todo placer están impregnados de la nostalgia de volver al seno materno, están envenenados por el deseo de unirse sexualmente a ella. El incesto. ¿No es esto suficiente para sentirse uno pecador?

¿Pero qué nos importan a nosotros de momento todos esos misteriosos motivos? Yo quería convencerla a usted de que la Naturaleza no se fía de los nobles sentimientos de la madre, que ella no cree que cualquier mujer, por el solo hecho de llegar a ser madre, ya se convierte en ese ser sacrificado y amable que no conoce igual, que es irremplazable, y cuyo solo nombre ya nos hace felices. Yo quería convencerle a usted que la Naturaleza, de muy diversas maneras, atiza el fuego cuyo calor nos acompaña a lo largo de la vida, que se vale de todos los medios -y yo mencioné sólo una mínima parte de las raíces de que se nutre el amor materno- para privar a la madre de toda posibilidad de separarse y abandonar al niño.

¿Lo he conseguido? En este caso se alegraría de todo corazón su viejo amigo.

**PATRIK TROLL**

*Volver a Publicaciones de Groddeck*